

## CRÓNICAS Y RELATOS DE VIAJE

### BITÁCORAS ETNOGRÁFICAS SOBRE LAS MEMORIAS DEL PASADO COMUNISTA EN BERLÍN<sup>1</sup>

MARIANA D. GÓMEZ<sup>2</sup>

Abro la ventana del cuarto que alquilé en el barrio de Schöneberg y siento el aire húmedo. En el café de la esquina siempre observo que hay personas muy bien abrigadas en las sillas de la vereda, no importa el frío que haga, disfrutando de las tardes estivales en compañía de diarios, cafés y murmullos suaves.

Estoy en Berlín y camino, camino, camino... Por detrás de mí siento que se alzan las sombras de edificios grandes y oscuros. Es el gris de un tiempo profundo que todavía sopla por el este de la ciudad. Previa aclaración o lo que se hará evidente más adelante: lo que más me conmueve de Berlín es el pasado comunista que arrulla agazapado en la geografía y en las memorias de muchas personas que

---

[1] Esta crónica fue escrita en diferentes momentos entre el 2013 y 2014 y se basa en mis dos primeros viajes a Berlín (2009 y 2012, el primero financiado por el DAAD). Agradezco afectuosamente a mis amigos/as alemanes/as (especialmente a Frans, Jessica, Kris, Niklas) y muchos otras personas a las que conocí gracias a ellos/as con quienes vengo compartiendo interesantes conversaciones, reflexiones y entrevistas acerca de la experiencia comunista en Alemania (RDA) denominada oficialmente por el Estado Alemán pero también por una gran parte de la historiografía de la RDA como dictadura, régimen, sistema comunista, socialismo de estado, comunismo de estado, socialismo realmente existente. Experiencia histórica a la cual me estoy acercando mediante una investigación etnográfica heteróclita, plagada de curiosidad y de preguntas. Las fotografías son de mi autoría.

[2] Antropóloga-UBA-CONICET. Contacto: [marianadanielagomez35@gmail.com](mailto:marianadanielagomez35@gmail.com) y/o [gomin19@yahoo.com](mailto:gomin19@yahoo.com)

---

Fecha de recepción: . Fecha de aceptación: 26 de abril de 2015

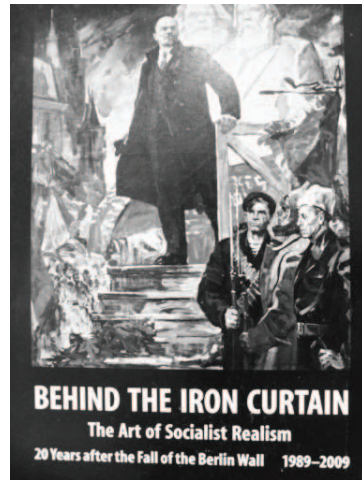
vivieron del otro lado del muro. Un país que asistiría a su pronta extinción desde aquella noche en la que el muro “cayó” el 9 de noviembre de 1989. “Me crié en un país que ya no existe” es una frase de las más comunes que pude oír entre los “alemanes del este”.



Monumento a Ernst Thälmann, miembro del Partido Comunista Alemán (KPD)

Berlín también, poco a poco, se fue volviendo en una ciudad de mi tiempo y en un espacio de fuga. Ahí voy. Por eso vuelvo. Incansablemente camino por sus calles, conozco sus parques, me animo a conversar con muchas personas. La atmósfera que envuelve a la ciudad atrapa fácilmente a cualquier extraño y es imposible no dejarse llevar por ella. Dos o tres veces salí a correr por las calles de Berlín. Corría y sentía que la ciudad me pertenecía. No es que esté acostumbrada a correr (estoy acostumbrada a nadar y me llevó un tiempo encontrar una pileta) sino que era el único ejercicio que tenía a mi alcance para lograr que el sueño llegue por las noches. Después tuve sueños profundos, después vinieron... Berlín es una geografía que insiste en hacer comunión con el pasado reciente pero también es un lugar especial para el exilio interno, la intimidad y las mutaciones ¿acaso la historia de Alemania durante el siglo XX no refleja esto?.

Una noche cerrada hacia fines de octubre del año 2009 estoy caminando un tanto perdida en un barrio cercano al centro, no lejos de la Unter der Linden. Noche cerrada, yo perdida, tratando de encontrar una calle, un lugar, una galería. Días atrás me había topado con un cartel que prometía una muestra de pinturas del “arte socialista” o del “realismo socialista”. Un contrapunto absurdo (es lo primero que pienso) al absurdo del Vigésimo festejo por la “reunificación” de las dos Alemanias y el triunfo de la democracia. Pero un espíritu de solemnidad envolvía la pequeña galería que habían montado un grupo de estudiantes con los que casi no me pude comunicar a no ser por algunos balbuceos en inglés que intentaron ellos. En la pequeña galería, casi encimados uno arriba del otro, colgaban cuadros desempolvados y rescatados de oscuros sótanos de los museos de Moscú, Berlín, Praga y probablemente de otras ciudades de aquel Imperio que también asistió a su “desmantelación” a principios de la década del 90.



“Berlín no es un lugar para dormir” escribió el conocido fotógrafo Harald Hauswäld al retratar diversas escenas de la vida en Berlín del este, un ícono estético de aquellos tiempos. Y tiene razón. Serán las cuadraturas y rincones de la ciudad que estremecen los imaginarios futuristas del comunismo que no fue (o del socialismo que realmente existió) o tal vez el papel central que tuvo Berlín en la escenografía de la historia del siglo XX, o tal vez, quién sabe, si son las memorias que mugen en calles, rostros, carteles, monumentos y edificios... los rostros de esa gente, “los alemanes” (si me permiten cometer los viejos errores de homogenizar imaginariamente a una población para hablar de ella), imposible olvidar esa seriedad y aquellas miradas un tanto ausentes.

Casi todo aquello que en Berlín ocurre durante el día acontece en una atmósfera silenciosa que, en caso de estar en la temporada de invierno u otoño, se torna además muy gris. Hay silencio en las calles de Berlín y el tráfico es un murmullo suave. El andar de los autos y los tranvías eléctricos dejan tras de sí apenas un murmurar. Berlín tiene algo de ciudad play-móvil con anhelos futuristas de la década del 60. La voz femenina que sale por los altoparlantes de los vagones del metro parece nacer en un tiempo futuro y anónimo: una correcta y amable voz que repite cada vez que las puertas están a punto de cerrarse “einsteigen bitte”. Una parte del este de la ciudad guarda todavía la pulcritud de un futuro que se imaginó silencioso y anestésico. Esperando o “como esperando”. La estación de metro y tren llamada Alexanderplatz que se extiende hasta la Karl Marx Alle es un buen ejemplo de la imaginación futurista de la era soviética.



No importa bien qué de todo esto fue lo más importante porque lo cierto es que la ciudad fue ejerciendo una atracción irresistible y creciente en mí desde la primera vez que la visité en noviembre de 2009. Llegué unos días antes de que comenzaran los festejos por los 20 años de la caída del muro. Desde mi punto de vista, y del que me mostraron varios amigos/os alemanes/as, se trató de una celebración torpemente narrada y no sólo porque olvidaba contar la otra parte de la historia, mucho más compleja que el relato de la reunificación y el triunfo de la libertad y la democracia occidental, sino por el “souvenir” que les dieron a sus ciudadanos. Un dominó que representaba al muro, hecho de cartón y en cuya construcción participaron los alumnos de distintas escuelas, serpenteaba dos kilómetros en una de las avenidas más conocidas. Pero en vez de las inscripciones y dibujos que hicieron famoso al muro, titilaban logos de marcas, como el de coca-cola y otras empresas que acompañaban las frases escritas de los estudiantes que firmaron y dibujaron.

Primer testimonio que escucho sobre la vida cotidiana en Berlín oriental. Estoy en un bar con un amigo argentino y su amigo alemán. Son amigos hace varios años y los escucho conversar en alemán mientras tomamos unas ricas cervezas en un bar atendido por una señora gordita. En la pared trasera del mostrador resalta una fotografía del Che. El alemán, rubio y con barba, nos cuenta que cuando cayó el muro tenía 15 o 16 años. Estaba dando vueltas por el barrio con un amigo hasta que oyeron noticias de que estaban “abriendo” el muro. Allí fueron, entre eufóricos y ensoñados, descreyendo de lo que la radio y la televisión repetían. Y lo cruzaron. Cruzaron al otro lado de la ciudad, al otro mundo, al mundo capitalista que se les mostraba como una gran mancha blanca en los mapas con los que estudiaban en la escuela. En Berlín son muchas las historias que pueden narrar las personas rememorando “la noche en la que el muro cayó”, una noche donde las familias alemanas pudieron reencontrarse, algunas después de haber pasado muchos años sin contacto. Pero volvamos al chico rubio con barba que toma cerveza y recuerda su noche en la que el muro cayó.

Cruzaron con su amigo y estuvieron durante dos días visitando parientes y conociendo gente. Antes de cruzar primero pasó por su casa y tomó todos los ahorros que había juntado durante su vida para llevarlos consigo al otro lado y comprarse un walkman: todo lo que quería del capitalismo alemán era un walkman igual o parecido al que tenían los mortales capitalistas. Ahora no recuerdo si finalmente lo compró o no, qué hizo con su dinero, si volvió a su casa al otro día o días después. Pero sí recuerdo que también nos contó que por ese entonces tenía una novia que se venía preparando para ir a estudiar danza clásica a una escuela importante de Moscú, hasta que la caída del muro frustró su proyecto. Tengo un último recuerdo que relució el chico rubio con barba que toma cerveza mientras Javier y yo lo escuchamos. En la escuela secundaria escribió un ensayo criticando a Lenin y a Stalin. De la dirección de la escuela lo mandaron a llamar y lo cuestionaron pero nada de esto pasó a mayores. La RDA pronto iba a desaparecer y él, después de todo, tan solo iba a desear comprar un walkman. El muro, la novia, la danza clásica, el ensayo cuestionado y el walkman: los mojones de su historia con el comunismo o los significantes de aquel tiempo que lo habitan, el de su infancia y adolescencia, el de un país que rápidamente se esfumó. La experiencia comunista es como la nube de plomo gris que pesa sobre el cielo de Berlín mientras que los hijos del postcomunismo viven rodeados de narrativas oficiales que los obligan, de maneras sutiles, a saborear la derrota del sistema en el que sus abuelos y padres se criaron y socializaron.



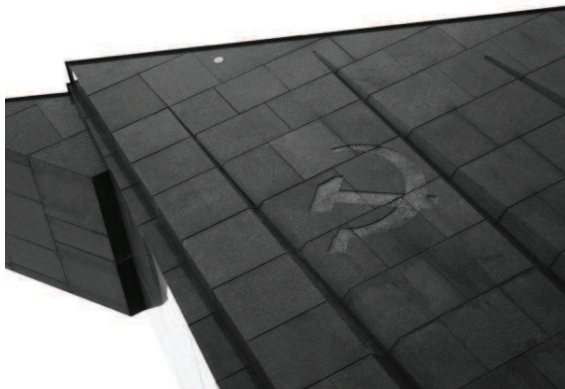
## 9 DE MAYO EN TREPTOWPARK

Treptowpark es un parque memorial soviético y también un cementerio militar donde yacen enterrados más de 5000 soldados que murieron en la batalla de Berlín en mayo de 1945. Se inauguró el 9 de mayo de 1949 y para su construcción se utilizaron las piedras y granitos obtenidos de la demolición de la cancillería del Tercer Reich.

Es la segunda vez que voy y cuando llego a las puertas del parque mi piel vuelve a erizarse. La monumentalidad de la arquitectura socialista tiene efectos en mí. Es el parque soviético más bello de Berlín y allí resulta inevitable no sentirse una testigo muda, mas muda que nunca (viniendo de Argentina y sin hablar alemán) de algo que pasó hace tiempo pero cuyo espíritu no merma. Está anocheciendo y empieza a refrescar. Bordo los murales de piedra donde los artistas, en su máximo realismo, tallaron escenas dramáticas de la guerra: mujeres llorando, mujeres que cargan fusiles, filas de soldados encolumnados listos para disparar, gente escondida en un bosque. Me conmueven. Al entrar al parque me encuentro con una escultura que simboliza a la Madre Tierra Rusa. Me detengo en su puño cerrado, vital, colmado de impotencia. Mucha gente ha dejado flores, claveles principalmente. Lo mismo ocurre en las escalinatas que llevan a la bóveda custodiada cielo arriba por una enorme figura de hierro de un

soldado al que se lo ve cargar un niño en su brazo y con su gran bota pisar la esvástica nazi. Allí, dentro de la bóveda, hay un bonito mural hecho de venecitas con más imágenes de la guerra. Siguen las flores, las coronas y las velas. Ha pasado mucha gente por aquí a conmemorar a sus muertos.

Dejo la bóveda atrás, desciendo por la gran escalinata y vuelvo bordeando la otra fila de murales tallados. Siguen las escenas. Me detiene el sonido de una guitarra y voces que cantan en ruso. Me acerco y encuentro que son jóvenes más o menos de mi edad (31 en ese entonces), acompañados por algunas personas ancianas. Una joven canta con una voz bellísima. Son canciones de la guerra, me explicarán luego. Antes, otra de las jóvenes que hablaba perfectamente inglés me cuenta que esas canciones los conmueven porque se las escucharon cantar a sus abuelos y padres. La melodía me suena similar a las canciones latinoamericanas de los años 70. Algo así como escuchar las dulces canciones de Silvio Rodríguez o Violeta Parra en ruso. Siguen cantando, beben vodka en vasitos y están rodeados de velas. La joven agrega que en Rusia, en Moscú precisamente, cuando se conmemora el final de la Segunda Guerra Mundial se desatan peleas en las calles. Los rusos suelen emborracharse mucho y este tipo de festejos siempre terminan mal. Pero aquí, en Trewtowpark, es bonito porque el ambiente es calmo: hay respeto para recordar y recrear la solemnidad necesaria para conmemorar el espíritu de aquel tiempo.



Me armo de simpatía y me pongo a conversar con dos chicos, uno me convida un cigarrillo, pero me quedo conversando con el otro que se llama Denis. Denis me cuenta que nació en Moscú, vivió hasta los 12 años “en el comunismo”. Un “tiempo de gulags”, le digo, “sí, claro, eso había” pero me retruca que en estas sociedades muchas cosas estaban garantizadas a diferencia de los tiempos actuales donde manda el capitalismo duro y la extrema desigualdad social, especialmente en ciudades como Moscú (y mucho más en zonas rurales). Denis estudia diseño de paisaje exterior. Luego me pregunta por mi país: Argentina-futbol-Maradona-Messi-Brasil, tal la cadena de asociaciones. Denis sólo conoció Río de Janeiro pero le gustaría algún día visitar Buenos Aires. “¿Que hace tu gobierno?” y le cuento de los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner. Lo del 2001 ya lo sabe, me dice, está

al tanto de que en Argentina aconteció algo así como una “revolución” porque todas las personas salían a las calles. Lo vieron por la TV.

■ ¿Qué recuerdo de lo que me contó Denis en un inglés mucho mejor que el mío, una tarde en que nos encontramos y accedí a conversar y a contarme su historia familiar? Un día, a fines de los 80, cuando él tenía ya casi 13 años, su familia se vio obligada a abandonar su casa en la República Socialista Soviética de Moldavia, al este de Ucrania y al oeste de Rumanía. Ese día recibieron una llamada de teléfono de un funcionario del gobierno y en pocas horas abandonaron la casa. Se subieron a un auto con las pocas cosas y ropas que pudieron tomar y se marcharon. Sus padres eran maestros y fue su padre quién venía teniendo problemas con el gobierno hasta que consiguió que lo dejaran salir hacia el oeste junto con su familia. Desde entonces sólo viajó dos veces al este, a Rusia, con el fin de visitar a su abuela.

## EL ESTADO Y LA GEOGRAFÍA

En la geografía de Berlín es muy difícil encontrar lugares -incluso si están abandonados- donde el estado haya rehusado marcar su presencia: ordenándolo, reacondicionándolo, cercándolo, prohibiéndolo, presentándolo, vendiéndolo. En mi primer viaje, explorando la ciudad en bicicleta, cerca de Neukölln, me encontré muy cerca de un aeropuerto que parecía estar cerrado. Resultó que era Tempelhofer, un aeropuerto construido en los primeros años de la década del 20, refaccionado y ampliado durante el nazismo, colosal como toda la arquitectura del período, y que dejó de funcionar en el 2008.

En los límites de Neukölln, una tarde de invierno gris, andaba en bicicleta hasta que desemboqué en una calle a cuya izquierda corría un largo alambre paralelo a una desolada pista de avión. Cuando regresé a Berlín en el 2012 la crisis mundial poco se sentía en las calles y aquel asunto del aeropuerto había cambiado. Mis amigos me contaron que las personas del barrio con el apoyo de los vecinos de otros lugares habían comenzado a ingresar pacíficamente para apropiárselo por las buenas. Querían transformarlo en un espacio verde de recreación (los berlineses aman los parques y realmente son todos muy bonitos). Esta fue la forma que adoptaron para resistir un megaemprendimiento inmobiliario que el gobierno de la ciudad pretendía comenzar y que incluía el traslado de una parte de la población cercana hacia otro lugar, en su mayoría familias turcas. Por el mes de abril hubo una marcha para alentar en las calles el apoyo a este proyecto alternativo y protestar por la marea de “gentrificación” que viene transformando la fisonomía de los barrios, las formas de sociabilidad de su población y también sus economías.

Y así se veía Tempelhofer cuando pude visitarlo en el 2012 y tomar algunas fotografías: personas inmersas en una atmósfera silenciosa de relajación y naturalidad imperturbable, orquestada por un murmullo tenue y suave. En el ex aeropuerto de Tempelhofer las personas pasean en bicicletas y patines, los niños montan barriletes y juegan, las familias o grupos de amigos hacen picnics, leen, conversan o duermen plácidamente en el pasto. Alguien me dijo que los fines de semana aquí vienen a descansar las familias de “sectores populares”. ¿Quiénes son estos “sectores populares” de Berlín? Las familias turcas que viven en uno de los barrios que se encuentra alrededor del ex aeropuerto. Y efectivamente me topé con un grupo de mujeres turcas sentadas en ronda (todas vistiendo sus túnicas negras) quienes ante el amague de mi impulso fotográfico al unísono me gritaron: “nein, nein, nein...”. Ninguna fotografía de ellas puede llevarme.



Mientras estas escenas se suceden en Tempelhofer, el gobierno berlinés busca las mejores maneras de legitimar su presencia y frenar lo que indica ser una lenta y pacífica apropiación del lugar por los berlineses, siempre deseosos de más parques y espacios verdes para su bella ciudad. ¿Y qué mejor estrategia hay cuando se quiere retomar el control sobre un lugar que volverse su principal anfitrión? Los carteles que plantó el gobierno de Berlín por todo el lugar, con una serie de indicaciones que buscan ordenar las acciones recreativas de la gente, son una muestra de esto. También el gobierno se encarga de anunciar que pronto este paisaje cambiará cuando se construya el mega-emprendimiento inmobiliario. Eso sí: aseguran que al menos una parte se destinará para construir un parque, pero que mientras tanto los berlineses lo pueden seguir disfrutando tal como se encontraba hasta ese momento.



Una de las relaciones que más cautivaron mi atención es la que las personas mantienen con la autoridad del estado, la autoridad hacia los trajes con los que se disfraza para afirmar incesantemente su hegemonía, su poderío y recordar su presencia. No sé si hablar ahora de las narrativas oficiales sobre el fin del comunismo como un sistema totalitario y la tan ansiada “reunificación”, un mito reciente de la nueva nación si se lo mira considerando los datos que hablan de una ciudadanía de primera, para los del oeste (los Wessis), y otra de segunda, reservada a los del este (los Ossis), bastante más pobres que los primeros. Las formas del estado están profundamente arraigadas y encarnadas en las personas, en sus maneras de diversión, represión, control, disenso e incluso de resistencia y protesta.

Una amiga alemana me llevó una noche a conocer un bar que atendían sus compañeros de militancia. Funciona en el tercer piso en uno de los espacios tomados de Kreuzberg. Mientras me tomaba una cerveza en la barra y ella charlaba con uno de sus amigos, tuve la sensación de que aquello que me era cariñosamente presentado como uno de los lugares de avanzada en la escena autonomista de Berlín, en el contexto de Buenos Aires, la misma experiencia, no tendría tal relevancia o no estaría cargada del aura de misticismo político que intentaba transmitirme: un viejo hospital tomado que de vez en cuando debe lidiar con renovadas amenazas de desalojo. Luego me percaté que es el contexto social aquello que define el grado de radicalidad política de una experiencia. Considerando el misticismo que quedó de aquel período de batallas callejeras entre colectivos okupas y la policía en los primeros años pos caída o “apertura” del muro sumado al grado de presencia que tiene el estado alemán en todos los asuntos de la vida cotidiana y en las subjetividades de las personas, el hospital tomado sí era, tal como lo fueron otras prácticas de los alemanes en el pasado, cruzando el muro, del lado comunista.



## NUDISMO EN LOS LAGOS DE BERLIN: OSSIS Y WESSIS

Mayo y junio son meses soleados y calurosos en Berlín. La vida florece en las calles, plazas y lagos. Se dice que los alemanes tienen dos vidas o que sus estados de ánimo fluctúan entre las promesas del verano, cuando toda la vida florece en calles, plazas y mercados, y las inclemencias del invierno que invitan al resguardo. La escena encantadora a la que me aseguré de asistir en compañía de amigas/os latinos/as y alemanes/as ocurría en los lagos que rodean la ciudad: gente recostada en el pasto y al sol, solas o acompañadas, cuerpos esbeltos, regorditos y gordos, cabellos rubios y colorados, pecas, cuerpos contorneados y también cuerpos no ejercitados, en fin: personas completamente desnudas, durmiendo, corrigiendo deberes, comiendo un sándwich o simplemente conversando. Simples mortales que luego de su jornada de trabajo pedaleaban en sus bicicletas hasta llegar, por ejemplo, a Krümme-Lanke. Opté por hacer la prueba y desnudarme junto a los alemanes: miradas muy discretas a cambio de la posibilidad de bañarme y caminar desnuda por un lugar urbano, rodeado del espesor de un bosque húmedo, ubicado a sólo 200 metros de la última parada de la línea del metro, estación Krümme-Lanke.

El nudismo está muy presente en la cultura de Berlín. En mi primer viaje asumí erróneamente que era parte del viejo legado comunista. En una visita que realicé a un museo privado que, hasta hace poco tenía el monopolio para narrar a los turistas la vida cotidiana y opresiva en la RDA, me encontré con fotografías que mostraban a familias y parejas desnudas veraneando en las playas del mar báltico, jugando al volley o viajando en sus autos hacia los centros de vacaciones.

El nudismo estuvo vinculado a varios movimientos sociales, culturales e ideologías políticas de derecha e izquierda. Algunos autores, como Ross, ubican sus raíces hacia fines del siglo XIX y en el núcleo de una serie de ideas reformistas sobre la vida (Lebensreform) y el cuerpo de tinte higiénico-racial, es decir, tendientes a construir una raza germana fuerte, bella, sana. De ahí la importancia dada al ejercicio físico, a la salud corporal y al contacto o “la vuelta” a la naturaleza y hacia cánones de belleza que buscaban imitar a los de la Antigua Grecia. Freikorperkultur y Nackkultur son dos términos emparentados y que refieren a las prácticas nudistas, no necesariamente eróticas, que buscan una ligazón inmediata con la naturaleza. Aparentemente Nackkultur es más antiguo y proviene de fines del siglo XIX: “una combinación de darwinismo, nacionalismo Völkisch y terapias naturales, todo eso enraizado en una teoría social, diseñada para transformar a Alemania en una utopía nudista y racial (Ross, 2005).

Fue durante la cultura de Weimar, período de intensas transformaciones y experimentos donde las reformas culturales, políticas y sexuales se vieron inextricablemente unidas -mas aún durante el período revolucionario (1918)-, cuando la cultura del nudismo, la Freikorperkultur, se popularizó alcanzando a sectores de la clase obrera. Un ala del socialismo difundía los beneficios higiénicos y morales del nudismo y promovió esta ideología buscando contrarrestar los efectos deletéreos de la industrialización, celebrar la disciplina basada en el ejercicio físico cotidiano y el contacto con la naturaleza.

Después de las consecuencias devastadoras que dejó la Primera Guerra Mundial (Eric Weiz comienza su citada obra hablando de los cuerpos mutilados y los espíritus desolados que regresaban de las trincheras), el cuerpo desnudo y al sol fue un lugar subjetivo desde el cual confrontar las sombras que dejó la guerra y la oscuridad de aquellos tiempos. Cuerpos ya no como soportes de distinción y status sino de sinceridad y autenticidad. Así, dice Jarvi (citado en Ross), el nudismo fue un medio para recobrar la humanidad perdida tras la guerra y salir del pesimismo cultural. Hacia el final de la República de Weimar, con la crisis del 29 encima, sectores de derecha llevaron adelante campañas morales en contra del nudismo. El cuerpo desnudo y despojado, dice Weiz, al igual que la “mujer moderna”, pasaron a ser símbolos de un exceso de libertad.

En su investigación, Dagmar Herzog, profesora de historia en la Universidad de Nueva York, cuenta que durante los años 70 y 80 en la RDA el sexo y el cuerpo eran espacios de libertad y disidencia en una sociedad donde esto no abundaba. Al entretener qué ocurría en el campo de la sexualidad se puede complejizar la mirada sobre las relaciones establecidas entre ciudadanos, estado y partido en la RDA. Las memorias sobre la ex Alemania comunista que suele difundir la prensa “mainstream” pero también la literatura y el cine (Bárbara de Christian Petzold, una de las últimas películas que llegó en el 2013 a los cines de Buenos Aires, y también la premiada *La vida de los otros*, de Florian Henckel von Donnersmarck) en general pintan una atmósfera cotidiana de desencantamiento, vidas chatas y grises, abombadas por un discurso de propaganda hipócrita y un monitoreo permanente de la vida de las personas aparte de los servicios de seguridad (la Stasi), donde además, muchas personas se veían obligadas a participar.

Así y todo, parece que el amor y la sexualidad fueron elementos cruciales que el partido utilizó para obtener la aprobación popular de jóvenes y adultos, cuestión que Herzog denomina el “romance con el socialismo”. El campo de la sexualidad en la RDA saca a la luz las tendencias contradictorias que imperaron en esta sociedad donde convivían el moralismo y el ascetismo comunista y antinazi -buscando construir formas nuevas de sociabilidad, personalidad y moralidad- junto con tendencias secularizadoras anticatólicas y liberales que se remontan a la cultura de Weimar. Hubo un amplio espacio para expresar una cultura y un ethos sexual particular en la Alemania comunista cuyas raíces probablemente se remontan a los últimos años del siglo XIX.

El SED (Sozialistische Einheitspartei Deutschlands) se preocupó por regular las prácticas sexuales desempolvando discusiones y políticas que estuvieron presentes en Weimar: la aceptación del sexo pre-marital como expresión del amor, la legalización del aborto, la propagación de clínicas especializadas en educación sexual, la difusión de métodos anticonceptivos, discusiones sobre sexualidad y técnicas sexuales en manuales y revistas de divulgación a cargo de los órganos de prensa del partido y, especialmente, la propagación de la idea de que una vida sexual placentera era necesaria y compatible con la vía alemana al socialismo.

Mas allá de esto, los ciudadanos de la RDA desarrollaron sus propias libertades, una de ellas fue retomar la Freikörperkultur. Los cuerpos desnudos de los Osis hoy son parte de las imágenes for-export de la cultura de la RDA. A mediados de la década de 1960 el nudismo se volvió aceptable para un número alto de ciudadanos. Durante la década siguiente en casi todas las playas de la RDA la gente estaba desnuda y los intentos por prevenirla por parte de las autoridades municipales no prosperaron. La desnudez en los hogares también se volvió una práctica bastante común.

Pasada la euforia desencadenada por la caída del muro, el reencuentro y el “proceso de reunificación” o “das Wende” (el cambio, como llaman los y las alemanas a los años que siguieron a la caída del muro) la memoria sobre la cultura sexual y nudista del este (donde la revolución sexual vivida durante los años 70 comienza a ser rememorada como más erótica, genuina, liberadora y no mercantilizada en comparación con la experimentada en Alemania Federal y en otros países capitalistas) fue uno de los lugares privilegiados para expresar la Ostalgie (Nostalgia del este) sobre la vida cotidiana en la RDA, afirma Herzog. Pero los guardianes de la Ostalgie tuvieron que lidiar con escenas que abonaban las narrativas degradantes sobre “el colapso del comunismo” como la apertura de sex-shops a cuyas puertas se agolpaban personas ansiosas por consumir pornografía. Herzog señala que luego de saciar una curiosidad inicial, en 1995 dos tercios de los sex-shops que abrieron en los estados del este alemán comenzaron a cerrar sus puertas: los Osis se aburrieron y comenzaron a preocuparse más por la “ciudadanía de segunda” que les esperaba. Con la caída del muro desaparecieron las promesas del este: sentido de seguridad económica y acceso a servicios elementales para desarrollar una vida medianamente digna para los estándares modernos: educación, salud, empleo, cultura. La práctica de desnudarse de los Osis fue interpretada por los Wessis como algo fuera de moda, invasivo, perturbador: “una mala compensación por la falta de libertades políticas que habían tenido” (Herzog, 2005).



### ¿ETNOGRAFÍA INVERTIDA?

Sé que cierto tipo de preguntas comenzarán a llegarme: “¿Por qué sobre Alemania?” “¿Pero hablas alemán o no?” “Puro estalinismo, del más duro, no vale la pena”. Hasta mis propios/as amigos/as se asombraron cuando el año pasado les comenté que después de darle vueltas al asunto había decidido

comenzar a realizar “algún tipo de investigación” sobre la RDA. Para muchos/as alemanes del este sus experiencias de vida durante el comunismo y la RDA son temas tabú, algunos muy tabú, especialmente aquellos asuntos que tienen que ver con lo que ha sido el funcionamiento de la Stasi y el hecho de que muchos ciudadanos participaron como informantes civiles, a veces obligados a espiar a sus padres, hermanos, amigos, esposos. Como antropóloga me interesa comprender algunas de las razones por las cuales para muchos alemanes del este hablar de esa experiencia es un tema escabroso, difícil, incómodo pero que, pasados los primeros diez minutos en cualquier conversación, también puede despertar un poco de simpatía, simpatía incómoda e inconfesable, hecha de frases cortas y gestos breves. Como me dijo al pasar el amigo de un amigo una noche que estábamos en un bar (tomando ricas cervezas): “¿Sabes? Mi padre y mi abuelo me criaron con otros valores, los del socialismo, yo vengo del este, me siento miembro de una familia socialista”. ¿Cómo se tramita entonces este pasado? ¿Qué narrativa ofrece el Estado Alemán actual? ¿Y qué se cuenta en las familias, en los colegios, en las universidades, en los museos?.

Si la antropología desde sus orígenes se ha dedicado a escribir sobre grupos y culturas colonizadas y consideradas “primitivas” y distantes a aquellas de las que provenían los primeros etnógrafos y etnólogos europeos (los pioneros en construir una disciplina basada en la producción sistematizada de conocimiento sobre la alteridad humana), mi actual interés de investigación representa algo así como un intento de inversión tardío: una especie de etnografía provocativamente inversa en un país del “primer mundo” (y, particularmente en este momento, “el primer mundo del primer mundo”) focalizada en las memorias producidas sobre el pasado comunista alemán, sistema sociocultural y político que durante cuatro décadas se vio íntimamente vinculado a las dinámicas de la economía política soviética y también a su cultura. Observar, preguntar, escuchar, analizar escribir, en síntesis: comprender andando y desandando preguntas sobre las dimensiones de la vida cotidiana y los aspectos de un país “que dejó de existir” el 3 de Octubre de 1990.

## BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

Hauswald, Harald y Rathenow Lutz. 2005. Ost-Berlin. Leben vor de Mauerfall/Life before the Wall fell. Berlin: Jaron Verlag.

Herzog, Dagmar. 2005. Sex after Fascism. Memory and Morality in Twentieth-Century Germany. Princeton and Oxford: Princeton University Press.

McAdams, James, A. 1991. Germany Divided. From the Wall to Reunification. Princeton: Princeton University Press.

Ross, Chad. 2005. Naked Germany. Health, race and the Nation. Berg: Oxford-New York.

Weiz, Eric. 2009. La Alemania de Weimar. Madrid: Turner.